

**Intervención de Carmen Iglesias  
en el Pleno extraordinario de la Real Academia Española  
en homenaje a Miguel de Cervantes**

26 de marzo de 2015

**EL MUNDO QUE VIVIÓ CERVANTES**

Algunos rasgos de ese mundo, del contexto histórico externo cervantino son fáciles de recordar: finales del siglo XVI, principios del XVII, de 1547 a 1616, bajo los reinados de Felipe II (hasta 1598) y de Felipe III; Lepanto, expulsión de los moriscos, Siglo de Oro de las Letras... enumeración que figura en cualquier enciclopedia. Más nos interesa en esta breve intervención un intento de comprensión de algunas de las imágenes mentales y culturales más significativas de aquella época, para conocer algo más del propio Cervantes, tan oculto a veces bajo su personaje quijotesco; comprender algo de su paso por ese período histórico concreto que entrelaza su biografía, su propia vida, con su obra literaria y su sabiduría y penetración en la condición humana de entonces... y de ahora y de siempre.

Recorrer la historia es en general algo doloroso, nunca hay ganancias absolutas, lo que parece avanzar en algún sentido crea otros retos o nuevos desafíos que hay que encarar; la “injusticia ética del mundo” en frase weberiana recorre desde Platón hasta nuestros días en una espiral inacabable. En verdad, todos son tiempos difíciles para los hombres y mujeres concretos de cada época, pero, créanme, no nos damos cuenta de cuán difíciles son unos más que otros.

Esa comprensión es la verdadera conciencia histórica; no se trata de recordar fechas o acontecimientos, que también, sino especialmente saber lo mucho que debemos a los que nos anteceden, lo mucho que ha costado llegar a unos niveles de libertad individual y de ciudadanía, por incompletos que sean.

El mundo de Cervantes está recorrido –y afecta a su propia vida y la de los suyos– por guerras interminables fuera de la Península, pero que tienen que sufragar los pecheros con sus impuestos, además de combatir en los ejércitos o la Armada del rey (“Iglesia, mar o casa real”, es como recordarán la contraseña hidalga para salir adelante cuando hay que ganarse la vida); época atravesada penalmente por

castigos desproporcionados y en donde la condena a galeras o el cautiverio por los turcos o musulmanes llegó en ocasiones a alcanzar al menos a cuatro de cada diez varones; cárceles preventivas, eclesiásticas o civiles, que no tienen fin para los pobres o insolventes; justicia fragmentada y arbitraria según regiones y señoríos, con solapamientos injustos y a veces la corrupción de los jueces

(algo siempre presente en las páginas cervantinas, del Quijote a sus Entremeses o a las Novelas Ejemplares –*La gitanilla*, p.e.: *“Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno para ser azotada, y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de a ocho”, “si por desgracia hijos, nietos o parientes caen en manos de la Justicia, “habrá favor tan bueno que llegue a la oreja del juez y del escribano como destos escudos, si llegan a sus bolsas?”*. Ninguna broma con las cuentas del rey, Cervantes no se libra de las cárceles de Castro del Río y de Sevilla por acusaciones –falsas– de malversación en su oficio de comisario general de las galeras reales, de requisa de grano, aceite y otros alimentos para la Armada; ni se libra de pleitos ni excomuniones, aunque al final tenga sentencias absolutorias);

Una sociedad atravesada por la muerte cercana siempre, por temores a las múltiples epidemias, hambrunas, enfermedades, locura; una media de vida durante muchos siglos de menos de 40 años. Una “sociedad de la sospecha”, en la que la limpieza de sangre se ha convertido en un instrumento de discriminación –que funciona según épocas y grupos, pero que afecta a todos los estratos sociales, impregnando la propia intimidad de las personas; unas mujeres con vidas dificultosas sin más salida “legal” que el convento o el matrimonio; un mundo incierto y azaroso, en donde el arco de los marginados (pobres, pícaros, bandoleros, mendigos) se roza en el límite con moriscos, gitanos, judíos, conversos... Seres distintos que necesitan de la caridad o de la justicia o de ambas cosas a la vez, que vagan por los caminos y por las ciudades y sus barrios, bajo unas instituciones jurídicas y sociales que formalmente tienen una estructura y prácticamente funcionan a veces de manera opuesta a sus principios. Una sociedad compleja y contradictoria, rígida para determinados asuntos y sorprendentemente tolerante en ciertas cuestiones personales.

Como vemos en la propia vida de Miguel de Cervantes, en la que se repite un modelo familiar en tres generaciones, caracterizado por la movilidad casi constante, por el abandono del padre de familia, por el paso por la cárcel y el encuentro con la justicia en los tres varones de distinta generación, por sus mujeres... Cervantes aparece rodeado precisamente de esas mujeres de vida dificultosa: madre, tías y sobrinas, hermanas, hija natural, un mundo mujeril el de “las Cervantas”, mujeres que saben leer y escribir pero que no tienen dote para un buen matrimonio, mujeres

abandonadas por maridos o amantes caprichosos, a veces “muchachas de virtudes negociables” para poder sobrevivir en los intersticios de una sociedad jerárquica y estamental.

De todo ello da noticia con su vida o con sus escritos Cervantes. Así como también de los días de fiesta y regocijo, necesarios para sobrevivir en un mundo de carencias para la mayoría, lo que no es óbice para disfrutar del “carpe diem” que puedan alcanzar, o del consuelo de las firmes creencias religiosas en una época de “absolutismo confesional”.

En resumen, un marco material, social y mental regido por una sociedad de Órdenes, jerarquizada por el criterio de nacimiento, por el criterio del grupo de pertenencia –como es propio de toda sociedad tradicional y rígida-, tendente a la inmovilidad, una situación estable en la que “cada uno está en su sitio” y cumple su función. Una sociedad básicamente rural, dependiente de la naturaleza y de la providencia, del trabajo u oficio heredado de sus padres y abuelos, para siempre.

Pero la realidad histórica es más compleja. Cervantes vive al tiempo en una sociedad en transición, una sociedad en la que ya es visible una nueva organización económica y mercantil que moviliza energías y recursos de forma nueva; una sociedad en la que una buena parte de ella se desplaza constantemente, con un movimiento de gentes imparable, con los caminos transitados continuamente por viajeros, por vagabundos, por todo tipo de personajes que buscan en la Corte o en las ciudades una forma mejor de sobrevivir, o incluso de enriquecerse y ascender socialmente; unos grupos sociales en los que se está transformando paulatinamente todo un sistema de valores que afecta tanto a la vida pública como a la privada, con el inicio de una nueva visión del mundo, con la creciente aparición de “ingenios y máquinas nuevas”, con el surgimiento de una ciencia que cambiará la vida de los seres humanos.

Una sociedad en donde se reivindica desde el Renacimiento el mérito del individuo frente al criterio del nacimiento - “Dios hizo hombres y no linajes”-; donde se reivindica lo que se hace y no donde se nace, donde “cada uno es hijo de sus obras”:

“Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro –consuela don Quijote a su escudero (1, XVIII)-. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca...”

Una nueva visión del ser humano que costó abrirse paso en una sociedad jerárquica y estamental y que constantemente sufre retrocesos, incluso en nuestras sociedades avanzadas: el que la verdadera nobleza y virtud radica en los hechos de la persona y no en el nacimiento, sustituido este muy pronto por el valor del dinero:

“...Ya no se estima el valor/ porque se estima el dinero/ pues un sacristán prefieren (las mujeres) a un roto soldado lego”, se dice en el entremés “La guarda cuidadosa”, en la que el medio-estudiante sacristán, de origen clerical, tiene más éxito social que el viejo y valiente soldado. El imaginario paso de una nobleza de sangre a una nobleza de alma, propio del humanismo renacentista, no oculta el abismo entre ideal y realidad, pero intenta reforzar una vertebración del ser humano *interior*, capaz de su propia reforma con su personal esfuerzo y conocimiento.

El valor del conocimiento, que depende de la voluntad e inteligencia de la persona y no del apellido o linaje: “...que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de *vulgo*”. Esa sutil y decisiva diferencia entre *pueblo* y *vulgo*. “Mira, Sancho, si tomas por medio la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale” (*Quij.*II,42)

La antigua dicotomía, y aspiración renacentista de unificación al tiempo, de “las armas y las letras” se desdobra en otras categorías que entran en un mundo moderno que reconocemos: las de riqueza y fama, las del dinero y la honra, las de pobreza y riqueza. Las de la necesidad de aceptar como parte de la vida la mudanza de las cosas, la incertidumbre y el riesgo de la libertad.

En el difícil mundo que vivió Cervantes, podríamos en este homenaje decir de él aquello que los clásicos consideraban en definitiva como “la vida buena”, la “sabiduría de la vida”, que consistía en tres virtudes principales: *coraje para vivir, generosidad para convivir, prudencia para sobrevivir*.

Ojalá podamos hacerlas nuestras.

Muchas gracias.

**Carmen Iglesias**  
Argamasilla, 26 de marzo de 2015